Reseña

Pilar M. Herr. *Contested Nation. The Mapuche, Bandits and State Formation in Nineteenth-Century Chile*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2019. US\$29.95 (ISBN: 9780826360946), 168 pp.

Maite de Cea

Universidad Diego Portales, Chile

C*ontested Nation*, publicado el año 2019 por la profesora Pilar M. Herr, es un texto historiográfico que nos remonta a la formación del Estado nación chileno en el siglo XIX y a cómo los indígenas (mapuche fundamentalmente, pero se hace la distinción entre diferentes grupos de mapuche) y bandidos jugaron un rol en la construcción de la República. Esta obra es parte de la literatura historiográfica sobre fronteras, y permite comprender la formación de un Estado nación y cómo un territorio como la Araucanía cumple un papel fundamental en todo el proceso de expansión y conquista del gobierno central chileno posindependencia.

En ese contexto, bandidos y mapuche entran a jugar un rol clave en la historia de Chile en el que, por un lado, vemos a un Estado que intenta expandir su territorio hacia el sur del Bío Bío y que invisibiliza a ciertos actores sociales, sometiéndolos a una segunda categoría de ciudadanos, y, por otro, se encuentran estos grupos de bandidos e indígenas que luchan, con objetivos distintos, por mantener su autonomía política y territorial, así como su poder económico.

Con una introducción, cinco capítulos, una conclusión y un apéndice, el libro recorre parte del siglo XIX de modo cronológico y a su vez profundiza en ciertos aspectos particulares, como son el caos de la década de 1820 y los intentos constitucionales de ordenar la nación, las

alianzas entre indígenas, y los parlamentos como relevante herramienta diplomática instaurada por los mapuche con la Corona española, o lo que se entendía en ese tiempo por ciudadanía. Esta forma de presentar el texto facilita la comprensión del argumento central que ofrece la autora y luego el desarrollo en detalle de ciertos nudos críticos.

Tras introducir el libro, Pilar Herr describe en el primer capítulo lo que fue la formación legal del Estado chileno y la dificultad de instaurar el orden hasta la década de 1830 en el territorio nacional, dada la resistencia que, al sur del río Bío Bío, ofrece el pueblo mapuche y los bandidos. El capítulo que le sigue trata específicamente sobre los bandidos; en particular se refiere a los hermanos Pincheira como protagonistas esenciales de este grupo y señala las razones por las cuales fueron declarados enemigos de Chile. Luego, Herr trabaja sobre las alianzas entre los mapuche y las difíciles relaciones que estos tuvieron tanto con la Corona como entre ellos. Continúa con un capítulo muy robusto acerca de los parlamentos y la forma de diplomacia instaurada entre mapuche y Corona española. Antes del capítulo de conclusión, la autora profundiza sobre las nociones de ciudadanía chilena, es decir, posindependencia, durante la década de 1830 del siglo XIX.

El trabajo de archivo que realiza Pilar Herr es relevante. Recupera fuentes primarias de la época, guardados en el Archivo Nacional y en algunos regionales, además de documentos de prensa y cartas de la época. La prensa y los distintos documentos utilizados contenían reportajes y noticias desde la voz de criollos y españoles, y no desde los propios mapuche, lo que vuelve aún más interesante leer cómo la autora interpreta los sentimientos y puntos de vista de los mapuche y de los bandidos, desde textos escritos por otros.

El libro deja clara la excepcionalidad del caso de Chile en la región latinoamericana, al formar un Estado nación muy rápidamente tras la independencia. Al ser Chile un país estable en lo político, pudo crecer económicamente desde la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo, esa estabilidad no estuvo exenta de problemas al inicio, viviéndose años turbulentos en el territorio chileno entre 1818 y comienzos de 1830. Durante este tiempo hubo conflictos entre criollos y españoles, luego con los mapuche en el sur, pero también conflictos en el gobierno central para tratar de entender cómo formar una nación. Sumado a esto, dentro del mismo pueblo mapuche había tensiones iniciado el siglo XIX entre

los mapuche leales a la Corona y entre quienes se aliaban al gobierno chileno recién instalado.

Resulta interesante en el libro el desarrollo de lo que ciertos intelectuales chilenos del siglo XIX comprendían por ciudadanía, el juego de intereses que eso significaba para dejar excluidos a ciertos grupos y cómo algunas figuras de la elite chilena terminan por hacer prevalecer sus ideas. La autora trabaja sobre cómo los textos constitucionales y la formación legal del Estado nación se refieren a quiénes eran o no ciudadanos en Chile. Así se observa en la Constitución de 1823, donde se expresa que para ser ciudadano se debían cumplir las condiciones de ser alfabetos, propietarios y hombres, por supuesto. Los mapuche, aunque propietarios, nunca fueron considerados ciudadanos y pasan a ser sujetos de segunda clase en su propio territorio. La Constitución de 1833 endurece los términos de la ciudadanía y expresa la continuación de la creencia de que los mapuche debían estar sometidos, ahora ya no a la Corona en tanto vasallos (aunque leales a España) sino sometidos al Estado chileno, lo que no les permite mantener su autonomía política. El rechazo de los mapuche de ser parte de este Estado en formación, sumado a esta categorización de sujetos sometidos, dio como resultado la política de la pacificación de los indígenas, que termina de implementarse a fines del siglo XIX.

Con los bandidos, según la autora, sucede algo similar. En medio de los años caóticos que se sucedieron entre 1818 y la mitad de la década de 1820, y un poco menos después de 1833, los bandoleros se percatan de que el Estado los considera como ciudadanos de segunda clase o, mejor dicho, ni siquiera como ciudadanos sino derechamente como criminales. Herr explica muy detalladamente en su cuarto capítulo, destinado a los bandidos, cómo estos ya se habían convertido en actores políticos relevantes y cuyo enemigo era el Estado chileno. Al tener poder económico y político sobre una gran extensión del territorio nacional, además de un vínculo fuerte con los mapuche (con los pehuenche en particular), los bandidos terminan siendo una amenaza para el gobierno, por lo cual deben ser eliminados.

La tradición de no considerar a los mapuche en las cartas constitucionales se mantiene hasta el día de hoy en Chile, siendo de los países de América Latina que más retraso presenta en cuanto a reconocimiento de los pueblos indígenas. Esta invisibilización o falta de reconocimiento

se aprecia en las decisiones de políticas lentas e insatisfactorias que los distintos gobiernos a lo largo de la historia han implementado hacia los pueblos originarios, donde fundamentalmente se los trata como sujetos vulnerables y se intenta integrarlos a la sociedad dominante o mayoritaria, sin incentivar mayores niveles de autonomía, autodeterminación (que sean ellos quienes decidan sobre su desarrollo en todas las dimensiones), participación ni derechos específicos.

El libro describe muy bien cómo tanto la Corona española como el Estado chileno posindependencia buscaban, de distinta forma y con diversos puntos de vista, subyugar al mapuche: por el lado de la Corona, mediante la evangelización y la asimilación a la sociedad europea; por el lado del Estado chileno, mediante la integración del pueblo mapuche a la nación chilena con el fin de ‘civilizarlo’.

El capítulo quinto, sobre diplomacia, titulado ‘Parlamentos’, da claras luces acerca de las formas correctas e incorrectas de relacionarse entre indígenas y chilenos. Los parlamentos fueron una herramienta utilizada por los mapuche para tratar con la Corona española, manteniendo una relación cordial y efectiva para ambas partes. Estos encuentros sufren una gran modificación luego de la independencia chilena. En 1825, con el parlamento de Tapihue, toda esta tradición de llegar a un acuerdo entre ambas partes, instancia en la cual miles de personas conversan y dialogan durante varios días, en medio de una festividad donde la comida y la bebida abundan, sufre un cambio abrupto. A partir de entonces, el Estado chileno determina que solo participen algunos representantes de comunidades y las tradiciones culturales mapuche se terminan. Los encuentros se hacen muy breves, con notoriamente menos personas involucradas, y se entiende que el indígena es un ser sometido al Estado chileno y sin autonomía política. Herr plantea que los mapuche fueron muy hábiles durante el período colonial en aprovechar su dominio económico y su modo de negociar en parlamentos para mantener una autonomía y hasta la independencia política, sosteniendo el control de la Araucanía. Mucho se puede aprender de los parlamentos y de la relevancia que adoptan al ser un mecanismo tradicionalmente utilizado por los indígenas para tratar con la Corona y que, una vez instaurado el Estado chileno, tal como lo explica muy bien la autora, se provoca un cambio sin retorno. El hecho de que la Corona española aceptara los términos indígenas de esta relación, revela la diferencia entre ambos períodos y el

fracaso de los resultados de las negociaciones posteriores con el Estado chileno. El problema entre el Estado chileno en formación y los mapuche es que el gobierno de Chile pensaba que el territorio mapuche al sur del río Bío Bío le pertenecía y el pueblo mapuche intentaría, como lo hizo durante la colonia, defender esa autonomía política. El diálogo de los parlamentos originales no fue la herramienta adoptada por Chile y el conflicto no dejó de agudizarse. Con esto se revela que cuando el Estado chileno incluye y utiliza una herramienta mapuche para sus propios fines y con sus propios códigos, la confianza se rompe.

En Chile, la relación del Estado con los pueblos originarios se ha situado históricamente y hasta la actualidad bajo el lente de la dominación de la cultura occidental sobre la indígena; la unidad nacional en contraposición a los excluidos del sistema, los subalternos. Hoy es un momento crucial en la historia de Chile; estamos iniciando un proceso constituyente, con una convención constitucional de conformación única en el mundo: paritaria y con escaños reservados para los pueblos indígenas. Esta convención delineará cuál será el marco sociopolítico que regirá a Chile en las próximas décadas. El lugar de los pueblos indígenas en la redacción de la próxima constitución de Chile se ha vuelto fundamental, desde el momento mismo de su instalación en el ex Congreso nacional y con la elección de Elisa Loncon como su presidenta. Este proceso puede ser el comienzo de un entendimiento entre el Estado y los pueblos indígenas con el objetivo de encontrar nuevos caminos de convivencia. Al ser grupos que tienen características particulares, deberían poder decidir sobre los modos de desarrollarse social, económica, cultural y políticamente. La interculturalidad como paso posterior en la relación entre los Estados nacionales y los pueblos indígenas se hace indispensable. Pero ha de ser una interculturalidad que incentive el diálogo en igualdad de condiciones, nunca imponiendo la visión de un grupo por sobre otro. Es lo que autores como Fidel Tubino (2015) o Catherine Walsh (2009) han postulado como la *interculturalidad crítica*, que además de abogar por un diálogo sincero y en igualdad de posiciones, busca ser un proyecto político que suprime las causas de la asimetría cultural histórica, es decir, busca un reconocimiento cultural mutuo y una igualdad social, recuperando la memoria de los excluidos y visibilizando el conflicto entre las culturas, así como cuestionando el modelo de sociedad vigente.

Los desafíos urgentes para los próximos años son, antes que nada, contar con el reconocimiento constitucional de la existencia previa al Estado chileno de los distintos pueblos originarios que habitan el territorio, así como tener una institucionalidad indígena como un ministerio y consejos de pueblos. Por otra parte, Chile deberá adaptarse a la legislación internacional de protección de pueblos indígenas que ha suscrito y ratificado (Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas, consulta indígena y Convenio 169 de la OIT). Asimismo, se hace necesario contar con escaños reservados para representantes de los pueblos originarios en el Congreso y con cuotas en los partidos políticos. Ahora, específicamente para el proceso constituyente, deberán tener una participación activa, con la representación que les corresponde. Deberíamos aspirar a tener un estado plurinacional e intercultural.

Contested Nation. The Mapuche, Bandits and State Formation in Nineteenth-Century Chile de Pilar Herr, es una invitación al análisis de la historia contemporánea del Estado chileno y su eterno conflicto con los pueblos indígenas (y el pueblo mapuche en particular). Con mucha lucidez y detalle de fuentes primarias del momento previo a la independencia y tras exponer cómo luego del caos de los primeros quince a veinte años se logra establecer un Estado fuerte —política y económicamente—, podemos comprender las razones del desacuerdo profundo entre naciones que seguimos observando en la actualidad. Autodeterminación, autonomía, representación política y diálogo son cuestiones clave para intentar avanzar hacia una mejor relación y alcanzar un entendimiento sobre temas básicos de derechos de los pueblos.

Bibliografía

- Tubino, F. 2015. *La interculturalidad en cuestión*. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Walsh, C. 2009. *Interculturalidad, Estado, sociedad: luchas (de)coloniales de nuestra época*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar/Abya Yala. *EP*